

De la peor calaña

Diego Garrote

Capítulo 1

Kelly Douglas apartó la cortina agujereada de su habitación del hotel para poder mirar en dirección al *saloon* de enfrente. Se asomó por simple curiosidad al escuchar el griterío; estaba más que acostumbrada a las disputas nocturnas, sobre todo a las de los viernes, día de cobro para muchos. Ella no era del pueblo, pero estos se parecían demasiado unos a otros. Kelly sólo alcanzó a distinguir a través de las ventanas del local a un puñado de palurdos borrachos agitando con fervor los puños y dando voces para animar a los contendientes.

No había sido Kelly la única que había escuchado el alboroto. Calle abajo caminaba sin prisa el *sheriff* en compañía de su ayudante, un muchacho desgarrado que no pasaría de los diecisiete. El *sheriff* dijo unas palabras al ayudante antes de atravesar las puertas batientes; la mano derecha apoyada con gesto casual sobre la culata del revólver. Las voces disminuyeron hasta enmudecer por completo. El *sheriff* se limitó a recorrer con mirada ceñuda a los parroquianos repartidos en barra, mesas y escaleras que conducían a las habitaciones de la planta superior. Varias de las chicas reían haciendo arrumacos a los clientes. Al igual que para Kelly Douglas una pelea no significaba nada para ellas.

–Buenas noches, *sheriff* Thompson –dijo una muchacha, la preferida del *sheriff*.

Thompson se limitó a escrutar a todo el mundo pasando la lengua por las encías. Al último al que prestó atención fue al individuo tirado boca abajo en el suelo. La mesa tirada junto a él había vomitado naipes y cristales. Dos hombres, vecinos del pueblo, se encontraban de pie al lado del fulano tumbado, uno de ellos con el revólver en la mano. Thompson señaló el seis tiros.

–Guarda eso, Mike.

–No he disparado, *sheriff* –dijo el aludido devolviendo el arma a la funda.

El otro, gordo, peludo y maloliente como un oso, dijo:

–Sólo le solté dos puñetazos.

–Yo preferiría un tiro en la rodilla a un golpe tuyo.

El gordo asintió orgulloso. Él y su compañero se apartaron para dejar sitio a Thompson, que se acuclilló ante el que había tenido la mala fortuna de conocer los puños de *Puppy* Arnie. Agarró al hombre por el pelo y le levantó la cabeza. La soltó dejándola chocar contra el suelo. El ayudante de Thompson preguntó si estaba vivo.

–Sí, pero sin sentido. Apesta a alcohol. Eso, junto con los puños de Arnie, lo dejarán fuera de combate toda la noche y parte de la mañana.

–Se volvió hacia Mike y Arnie–. ¿Qué ocurrió?

Mike y Arnie se miraron. El primero se encogió de hombros y arrastró un pie.

–Ya sabe, *sheriff*, es uno de esos tipos. Un marrullero. Estábamos

jugando al póquer cuando Arnie lo pescó haciendo trampas.

Puppy Arnie asintió.

–El hijo de perra es rápido, por eso no le aticé hasta que estuve seguro del todo. El muy cabrón tenía cartas marcadas.

–Así que lo abofeteaste sin darle opción a explicarse.

–Bueno, usted ya sabe que soy un poco empestuoso.

–Además –dijo Mike–, estos canallas son muy liantes si les das la oportunidad de explicarse.

Thompson esbozó media sonrisa.

–Me inclino a creer que teníais ganas de pelea y el sujeto os ofreció la oportunidad perfecta. ¿Sabéis su nombre?

Arnie y Mike sacudieron la cabeza. El *sheriff* se dirigió al resto de clientes.

–¿Alguno de vosotros conoce a este fulano?

Nadie lo conocía. Una de las chicas comentó que había entrado en el pueblo a media tarde.

–Estuvo conmigo y después se dedicó a empinar el codo y a jugar. No dijo su nombre ni se lo pregunté.

–No importa. Para tirarlo en una celda no necesitamos saberlo. Arnie, Mike, cargad con él hasta mi oficina. Por esta vez os lo dejaré pasar. Y los demás: no quiero volver en lo que queda de noche, así que bebed y follad sin montar demasiado jaleo.

Mike y Arnie sacaron al forastero del suelo. Salieron del local, Thompson y su ayudante en cabeza seguidos de los que cargaban con el desconocido. Abandonó también el local un personaje pequeño y delgado, de aspecto remilgado, con fino bigote y bombín. Dirigió la vista hacia el hotel de enfrente y saludó a la mujer de la ventana. Kelly Douglas sonrió a su prometido devolviéndole el gesto. Apenas le prestó atención. Intentaba distinguir mejor al hombre que llevaban en dirección a la oficina del *sheriff*. La luz de las antorchas en lo alto de los postes repartidos por la calle no permitían distinguir con claridad sus facciones, pero ella creía saber a quién pertenecían.

–No es posible –musitó antes de retirarse de la ventana.

Mike y Arnie tiraron al hombre en el catre de la celda. El ayudante del *sheriff* echó la llave y Thompson dijo a éste que podía ir a beber algo si le apetecía. A los otros dos los mandó a casa.

El hombrecillo del bombín atravesó la calle embarrando el calzado y las perneras del pantalón. A la entrada del hotel, apoyado en la barandilla y fumando, un negro miró de solsayo al hombrecillo que se sacudía el barro de las botas contra los tablones de la acera.

–Se podría decir que es casi obligatorio montar a caballo para cruzar la calle –dijo el hombrecillo.

El otro asintió apenas con la cabeza y el remilgado desapareció en el interior del hotel. Al otro lado de la calle, desde la ventana del saloon, otro individuo intercambió una rápida mirada con el negro. Éste bajó a la calle y la cruzó sin inmutarse por el barro.

Al entrar su futuro marido Kelly Douglas cerró la Biblia que simulaba

leer.

–Parece que hubo una pelea. ¿Estás bien, George?

–Sí, querida. Sólo fue una disputa entre borrachos. La gente cree que saber beber es aguantar el mayor número posible de tragos, cuando en realidad es saber controlarse una vez se los toma.

–Para eso están las chicas. Muchas de ellas calman la furia de los pobres borrachos.

George se metió en la cama junto a Kelly. Recogió la Biblia de entre sus manos. Le gustaba leer un par de pasajes antes de dormir.

–Esas pobres mujeres... –George sacudió la cabeza–. Cada noche se ganan un poco más el cielo.

Kelly no dijo nada. Sabía que en algunos casos así sería, pero en su mayor parte aquellas putas eran igual que muchos de sus clientes.

–¿Se te acercó alguna?

George la miró sin lograr contener el espanto que refulgió en sus ojillos.

–Por supuesto que no.

Kelly le acarició la cara. Sabía que mentía. Aquellas mujeres se acercaban a todo aquél que no mostrase signos evidentes de enfermedad. No le importó; George jamás se acostaría con fulanas, menos aún estando prometido. De vez en cuando a Kelly le gustaba pincharlo con comentarios por el estilo.

–Vi cómo se llevaban a un hombre. Parecía muerto.

–No lo estaba en absoluto, querida. Bebió más de la cuenta e hizo trampas con quien no debía, nada más que eso. Pasará la noche encerrado, aunque no creo que se entere hasta bien entrado el día.

Borracho y tramposo. Kelly sabía que tal descripción podía corresponder a la mayoría de hombres que en esos momentos paraban en el *saloon*, y aún así ella apostaba por uno en concreto.

–¿Sabes cómo se llamaba el pobre hombre?

George sacudió la cabeza. Dejó la Biblia y Kelly apagó el farol. En la oscuridad, George dijo:

–Creo que al menos un hombre nos está siguiendo. –Sintió bajo las sábanas el apretón de su futura esposa–. Se aloja en este mismo hotel. Lo vi por la tarde y otra vez ahora, antes de subir. Es un negro.

–Quizá sólo sean imaginaciones tuyas, cariño.

–Lo dudo. Por mucho que ocultes las cosas todo termina sabiéndose de un modo u otro. –Kelly percibió el miedo en la voz de George–. Y en el pueblo no encontré a nadie que pueda servirnos de protección. No son de fiar. Hasta el *sheriff* parece traicionero.

Kelly se mordió el labio antes de hablar.

–¿Y el forastero?

–¿El que ahora está durmiendo en la celda? ¿Qué ocurre con él?

–Podría ser un buen protector.

–Su aspecto es como el de todos por estas tierras. Me fiaría más de un caballo cojo.

–De todos modos podríamos hablar con él mañana. No perdemos nada.

–Perderemos el tiempo, querida, y no conozco nada más valioso.

Durmamos. El viaje de mañana será largo.

Kelly no se durmió al momento. Tenía intención de hacer una visita a la oficina del sheriff con o sin el consentimiento de George Anders.

Capítulo 2

Thompson se servía café de la abollada cazuela colocada sobre el fuego cuando vio entrar a una de las mujeres más bellas con las que se había topado en la vida. Se quitó el sombrero y el aire de los pulmones ante su presencia. La dama gastaba un gran vestido de falda larga y cuello alto. En el sombrero ancho podrían posarse toda una familia de buitres. Gruesos tirabuzones negros se descolgaban sobre sus hombros acariciándole las mejillas, cuyo tono níveo hacía resaltar aún más los grandes ojos azules.

–Buenos días, *sheriff*. Me llamo Kelly Douglas –dijo, y observó las celdas a su izquierda. En una de ellas dormía alguien de espaldas a los barrotes, hecho un ovillo sobre el catre.

–Buenos días, señorita. –Thompson tomó asiento ante su mesa–. ¿O es señora?

–Señorita hasta dentro de un mes.

–Ya veo. ¿Qué la trae ante mí, el humilde *sheriff* de este agujero?

Kelly escrutó el rostro picado de viruela y mal afeitado. Las manos del hombre eran robustas y estaban cubiertas de cicatrices. Kelly supuso que su sola presencia ya debía de impresionar sin necesidad de sacar el revólver. Una mano enguantada de la mujer señaló las celdas.

–Quisiera hablar con ese hombre.

Thompson dio un sorbo al café y se lamió el labio superior.

–Siéntese, señorita Douglas. ¿Café?

–No, gracias. He desayunado en el hotel.

–¿Conoce a ese individuo?

–No pude verlo bien, pero creo saber de quién se trata.

El *sheriff* se reclinó en la silla con las manos cruzadas sobre el ancho vientre.

–Por fin alguien sabe quién diablos es. Disculpe mi lenguaje. ¿Va a decirme su nombre?

Kelly miró a la celda. El hombre tenía el pelo sucio y revuelto, salpicado con algunas hebras grises.

–Antes no tenía canas, pero si se trata de la misma persona hará cosa de cinco o seis años que no sé nada de él. Se llama Samuel Baker.

–Samuel Baker, ¿eh? ¿Un antiguo amante, señorita Douglas?

Si el *sheriff* buscaba importunar a la mujer el tiro le salió por la culata, pues las facciones de ella no se inmutaron.

–¿Puedo hablar con él o está detenido?

–Lo cazaron haciendo trampas. Tuvo suerte de que el animal que lo noqueó no le arrancase la cabeza de un mordisco. Tenía intención de echarlo del pueblo en cuanto estuviese en condiciones de montar a caballo, así que...

Thompson fue hasta la celda y extrajo un manojito de llaves del bolsillo. Con un movimiento de cabeza indicó a Kelly que podía pasar.

–No sé si lo encontrará con ganas de charlar amistosamente –dijo Thompson.

El hombre roncaba con fuerza. Kelly se inclinó para poder verle mejor la cara. Negras y espesas cejas. Barba de varios días. Tez tostada por cientos de soles.

Sam Baker. Cuánto tiempo, compañero, pensó Kelly.

–¿Es su hombre? –El *sheriff* seguía con el retintín.

–Es él, sí.

Baker apestaba a alcohol, a sudor y a noches a la intemperie. Kelly lo sacudió por un hombro sin obtener más que unos gruñidos de protesta.

–Despierta, Sam. Sam. Soy Kelly.

Entró el ayudante. Kelly se volvió al escuchar el taconeo de las botas en los tablones flojos de la entrada. La pecosa cara del muchacho se encendió al ver a la mujer. Le tembló la mano al sacarse el sombrero.

–Señora.

Kelly se llevó las manos a la falda y levantó el borde unos centímetros.

–Señorita, Frankie –dijo Thompson–. La dama, de momento, es una señorita.

El ayudante enrojeció todavía más. Kelly sonrió al muchacho para tranquilizarlo un poco, pero lo único que consiguió fue que Frankie comenzase a sudar en abundancia.

Treinta años, pensó Kelly, y todavía ruborizo a los más jóvenes. Continuó sacudiendo a Baker. Thompson empezaba a impacientarse. Entró en la celda, tomó a Baker por el cuello de la camisa y lo arrojó fuera del catre.

–Déjese de zalamerías, señorita Douglas, que así no lo despertará en la vida. –Lo abofeteó un par de veces–. Despierta, bastardo, que cierta dama quiere recordar viejos tiempos.

A Frankie se le cayó el alma a los pies. Aquella mujer no tenía pintas de andar con fulanos como aquél. Baker parpadeó un par de veces para a continuación volver a cerrar los ojos. Thompson iba a abofetearlo de nuevo cuando Kelly pidió que lo dejase en paz. Lo soltó y regresó a su mesa.

–Frankie, ¿podrías traerme un poco de café? –dijo Kelly.

Frankie fue volando a buscarlo. Kelly sonrió al chaval dándole las gracias. Él le devolvió el gesto con timidez. Le costó que Baker bebiese poco más que mitad de la taza. El café estaba hirviendo, aunque el único gesto de desagrado por parte de Baker fue un breve fruncimiento de ceño. Kelly hizo oídos sordos a las insistentes recomendaciones de Thompson de sacudir un poco al tipejo para espabilarlo. La mujer se fijó en la hinchazón de la barbilla, sin duda el lugar donde lo habían golpeado la noche anterior. El golpe destacaba entre las matas de la barba. Kelly palpó la herida, punzando con fuerza. Baker arrugó el rostro y gruñó. Insistió hasta que los ojos del hombre se abrieron un palmo. Estaban enrojecidos.

–Maldito seas, despierta de una vez.

Baker apretó los dientes contrayendo los agrietados labios sobre las encías.

–No puede ser –dijo con voz ronca–. Que me ahorquen ahora mismo si

no es la más joven de las cinco hijas del gruñón y difunto Daniel Douglas. La sonrisa y los ojos de la mujer dieron una luminosidad nueva a sus facciones. Frankie tardaría años en olvidar aquella imagen.

–La misma, compañero. ¿Estás en condiciones de abandonar el suelo?

Baker abrió los ojos del todo y se frotó la cara.

–¿Crees que un gigantón apestoso y el peor whisky que he probado en años acabarían conmigo?

Se puso en pie. Perdió el equilibrio. Tuvo que sujetarse en Kelly.

–Por lo que veo casi lo consiguen –dijo ella mirando hacia arriba, pues él era bastante más alto.

Baker acarició las suaves mejillas de Kelly. A pesar de tener la mano mugrienta de tierra y alcohol el gesto agradó a la mujer.

–Baker –dijo Thompson–, ya que está en pie lárguese de mi oficina. Y en cuanto se recupere del todo, de mi pueblo.

Baker se volvió para mirarlo.

–Gracias por dejarme pasar la noche en sus instalaciones –dijo sin molestarse en ocultar la media sonrisa–. Ya tenía planeado salir de aquí. En cuanto pueden te machacan la mandíbula por nada.

–¿Por nada? Además de a los jodidos chinos las otras alimañas a las que también odio son los cobardes que disparan por la espalda y los tramposos. Considérese afortunado por dejarlo ir sin más. Incluso hablaré con los hombres que lo agredieron para que no terminen lo que yo impedí. Tenga –se volvió para recoger la cartuchera con el revólver y el cuchillo de encima de la mesa–, sus cosas. Fuera de mi vista.

Kelly se despidió del *sheriff* con una breve reverencia alzando los bordes de la falda y de Frankie con un guiño. Baker colgó el cinto al hombro y llevó dos dedos a la frente sin dirigirse a nadie en particular.

El sol asomaba tímido entre negros nubarrones. Baker agradeció que así fuese, pues sentía la cabeza como un barril de dinamita a punto de detonar. La calle seguía enlodada y sólo niños y jinetes circulaban por ella. Baker bostezó. Kelly miró en dirección al hotel.

–Me hospedo allí.

Baker le miró el borde inferior de la falda.

–¿Cruzaste a caballo o te llevaron en brazos?

Kelly señaló calle arriba. Ante la puerta de una tintorería regentaba por orientales habían depositado unos gruesos tablones que atravesaban la calle. La gente cruzaba entre equilibrios y los tablones se doblaban en el centro, hundiéndose en el barro. Caminaron sin prisa por la acera. Ante Kelly los caballeros se sacaban el sombrero, las mujeres murmuraban y los individuos de discutible moralidad emitían largos y agudos silbidos. Kelly se detuvo ante la tintorería y Baker vio en sus ojos que iba a revelar algo importante.

–Me caso dentro de un mes.

Baker se rascó la mejilla.

–¿No tienes nada que decir, Sam? ¿Simplemente quedarás ahí de pie raspando la barba con el vigor de un perro lamiéndose sus partes?

Él se encogió de hombros y sacó una bolsita de tela del bolsillo del pantalón. Vertió tabaco sobre el papel de liar que sujetaba en la mano

izquierda. Cerró la bolsa tirando de un extremo del cordel con la boca y del otro con la mano derecha. Tras liar con destreza el cigarrillo lo colgó de los labios. Como no tenía cerillas acudió al chino enjuto que se mecía ante su tienda fumando de una larga pipa. Baker prendió el cigarrillo. Volvió junto a Kelly.

–No sé qué diablos esperas que diga. Cada cual arruina su vida como quiere: unos se casan y otros se tiran al opio.

–Pasaré a ser la señora de George Anders.

–Kelly Anders. Un nombre muy aburrido. ¿Y cómo es el amigo George?

–Está en el hotel. No sabe que he venido a buscarte. –Frunció el ceño y se acercó más a Baker–. Tampoco sabe nada de mi pasado. Me gustaría que siguiese así.

–¿Qué quieres de mí, Kelly?

–Te lo diremos en la habitación del hotel. Recuerda: no nos conocemos de nada, ¿estamos? Déjame hablar a mí.

Baker escupió una hebra de tabaco. Expulsó el humo por la nariz e hizo una exagerada reverencia a Kelly para que pasase ella primero por los tablones.

En opinión de Baker el amigo George Anders tenía todo el aspecto del fulano que no termina por creerse que haya logrado catar a una mujer como Kelly, menos aún estar a punto de desposarla. El hombre vivía en una nube y a Baker lo disgustó desde que le echó la vista encima nada más pasar a la habitación, donde Kelly se lo presentó.

Anders tampoco lograba disimular el desagrado que sentía por aquel tipo desaliñado, maloliente y de calmos movimientos. En su Inglaterra natal y actual estancia en América se había topado con toda clase de individuos de la peor calaña, y el hombre al que su prometida presentó como Samuel Baker no distaba mucho de ellos. Como abogado su obligación era reconocerlos.

Baker, de brazos cruzados y apoyado en la pared, pasaba la mirada de Anders a Kelly, ésta sentada en el borde de la cama, aquél en la silla del escritorio, en el cual reposaban sus gafas de montura redonda sobre un fajo de papeles. Anders se frotó los ojos y volvió a situar las gafas sobre la picuda nariz.

–Antes de iniciar cualquier trámite, señor Baker, he de serle sincero: mi futura esposa acudió a usted sin mi consentimiento, y sigo sin estar de acuerdo con su presencia aquí. Aunque voy a ofrecerle el beneficio de la duda. Si en algo deberíamos estar de acuerdo todos los miembros del género masculino es en que las mujeres tienen una intuición envidiable. Por tal motivo estoy dispuesto a aceptar su idea.

Baker sospechaba que jamás se acostumbraría a aquel tono melifluido. Se limitó a asentir y a guardar silencio en deferencia a Kelly. Anders prosiguió:

–Tenemos la sospecha de que alguien nos está siguiendo, y si no es así, pronto lo harán. Yo apenas sé usar un revólver. Es más, estoy en contra de esos artilugios. Y mi prometida es una mujer, por supuesto.

Baker miró de soslayo a Kelly. Sentada con la espalda rígida y las manos

cruzadas en el regazo, aparentaba no ser más que una alumna cualquiera de un puritano internado para señoritas ricas. Los ojos azules que fulminaban a Baker lo instaron a no sonreír ante el ingenuo comentario de Anders. En verdad que no conocía el pasado de Kelly.

Baker dijo:

–No se equivoca. Los están vigilando. Sentado abajo, en el comedor, un negro no nos quitó ojo desde que su prometida y yo entramos en el hotel. Y afuera había otro, uno bajito y robusto, con parche. Quizás sean más.

A Anders le tembló el labio inferior.

–Sospechaba del negro, pero desconocía lo referente al otro hombre.

–Su esposa no me lo quiso decir, Anders, así que le toca a usted. ¿Para qué me necesitan?

Anders miró a Kelly. Ésta asintió y él resopló.

–Dentro de una semana hemos de alcanzar Texas. Ése es nuestro destino. Como usted ha comprobado ciertos personajes nos controlan muy a disgusto nuestro. Señor Baker –carraspeó–, queremos que nos sirva de protección.

Baker se balanceó sobre los tacones de las agujereadas botas, las manos en los bolsillos y un cigarrillo apagado pendiendo en un lado de la boca.

–¿Alguna idea de por qué van tras ustedes esos pistoleros? Porque tienen toda la pinta de ser eso.

–He de concluir cierto negocio en Texas y alguien se opone a ello. Si no acepta –Anders lo deseaba de todo corazón–, lo comprenderé, pero no puedo decir más.

Kelly clavaba los ojos en un punto cualquiera del cuarto, aunque Baker sabía que toda su atención estaba centrada en él. Podía negarse a emprender el viaje, pero si Kelly lo quería a su lado era porque se trataba de un asunto peligroso y necesitaba ayuda a pesar de saber defenderse sin necesidad de ningún hombre. Anders también era consciente del peligro, pero ella lo conocía mejor; había convivido con él desde muy joven, en muchas ocasiones acompañada de Baker.

–Acepto –dijo–. De todos modos iba a dejar el pueblo hoy, y para correr el riesgo de que me maten en cualquier camino, prefiero hacerlo por un buen salario.

–Hablemos del dinero, pues –dijo Anders, a todas luces descontento.

Llegaron a un acuerdo y Baker consiguió la cantidad exigida. A Anders le pareció excesiva, pero terminó por ceder ante el consejo de Kelly.

–Eso sí, señor Baker –dijo ella–, antes de iniciar el viaje, ¿haría el favor de sanearse un poco? Un baño y un afeitado serán suficientes, gracias.

–¿Pagados por ustedes?

–Le compraremos también muda nueva. Ésa que lleva no resistirá mucho.

Kelly pasó por alto el bufido de George. Fue hasta él y lo besó en la frente.

–Cariño, mientras toma un baño yo voy a comprarle la ropa. ¿Por qué no vas a la taberna o a dar un paseo para matar el tiempo?

Anders salió y Kelly bajó a indicar al dueño del hotel que calentase agua. Al regresar, ella y Baker se miraron largo rato sin decir nada.

-De paso que compras ropa para mí, deberías comprar también para ti. El viaje con ese vestido se te hará imposible.

Llegó el chico para todo del hotel con dos calderos de agua caliente. Llenó la tina. Kelly salió a comprar antes de que Baker se desnudase. Afuera la esperaba George.

-No me fío de ese hombre. No creo que sea buena idea dejarlo sólo en nuestro cuarto y menos aún contratar sus servicios.

Kelly le acarició la cara.

-Confía en mí, querido. Estaremos más seguros con él.

-¿En qué te basas? Es un indigente al que no conoces.

-Confía en mí -insistió ella-. Tiene madera.

Kelly fue a comprar ropa y víveres para el viaje y Anders se dirigió al saloon. El local se hallaba vacío a excepción de la chica en camisón sucio que pasaba la escoba. A los pocos minutos Anders vio pasearse por el exterior al hombre del parche que había mencionado Baker.

Sam Baker seguía a remojo cuando Kelly regresó con la ropa. Salió de la tina de agua ahora mugrienta y tomó la toalla que ella le tendía admirando el cuerpo moreno, delgado pero fuerte. Y las señales de latigazos. Se obligó a mirar hacia otro lado. Baker se secó. Desnudo, se acercó a Kelly, y tomó su cara entre las manos.

-Estás mejor que nunca.

-Ni lo intentes, Sam. Estoy prometida.

Kelly torció la cara cuando él se inclinó para besarla. La soltó y pasó a vestirse.

-Tú misma sospechas que si tu prometido llega a descubrir lo que fuiste, o eres, jamás se casaría contigo. Eso no es amor, Kelly. Amor es aceptar lo mejor y lo peor de...

-Oh, por favor, Sam, qué diablos sabrás tú sobre el amor. No me sueltes cuentos con intención de follarme.

Baker terminó de vestirse. Elogió el sombrero y las botas escogidas por Kelly y partió a visitar al barbero. Antes de cerrar la puerta de la habitación echó un rápido vistazo a Kelly, que se desnudaba para estrenar la ropa. Su espalda, también con alguna que otra cicatriz, removió viejos recuerdos que nunca extinguían.

Capítulo 3

Baker abandonó la barbería masajeándose la cara. Tenía la impresión de apestar más a perfumes que cualquier palomita de burdel. Caló el sombrero e hizo como que no veía a los dos hombres que abandonaban el pueblo a caballo. En el granero donde cuidaban del suyo comprobó que no le faltaba nada en la alforja de la silla, sobre todo el rifle y la munición de éste. Trotó hasta la entrada del hotel. Allí lo esperaban la parejita.

–¿Irá a caballo? –dijo Anders.

–Desde luego. ¿Usted va en mula?

–No sea ridículo. Nosotros tomaremos la diligencia que sale dentro de quince minutos.

–Me temo que eso no será así. Iremos los tres a caballo, George. Por ese motivo ordené a ella que dejase el vestido para los bailes nocturnos.

Kelly vestía una camisa masculina que llevaba abotonada hasta el cuello, pantalón negro y botas de montañés ideales para hundir en el barro de la calle. Recogía el cabello en una trenza. Salvo porque no colgaba ningún revólver de su cintura, a Baker le pareció la Kelly de los viejos tiempos.

Anders no miró con mucho agrado la indumentaria de su pareja.

–La diligencia –prosiguió Baker–, está más expuesta a posibles ataques y hace varias paradas. Nosotros tomaremos atajos. Si todo va bien puede que dentro de cuatro días ya estemos en Texas.

–Vinimos en diligencia al pueblo. No poseemos caballo.

Baker resopló. Por respeto a Kelly atrapó entre los dientes todos los improperios que iba a escupir contra Anders. Aquel inglés protestaba por todo.

–Cariño –intervino Kelly–, tenemos dinero suficiente para comprar dos.

Al cabo de treinta minutos abandonaron el pueblo, Baker en cabeza a varios metros de los otros dos, vigilando entre los árboles del bosque por si decidían atacarlos tan pronto. Llegaba hasta él la voz de Anders. Aunque no podía entender lo que decía, sabía que le estaba reprochando a Kelly su idea de contratarlo.

Baker sonrió y lió un cigarrillo. El aire de las montañas todavía era soportable. Al anochecer enfriaría más y no sabía si estaba preparado para más quejas por parte del inglés.

–¿Y si decide abandonarnos a nuestra suerte cuando nos adentremos más en las montañas? Le hemos dado la mitad de lo pactado por adelantado, quizá le baste con eso.

Kelly, apenas prestando atención a su prometido, respiraba el aroma del tabaco que flotaba desde Baker. Anders ignoraba que ella fumase, y por Cristo que Kelly hacía lo posible por dejarlo; una señorita que se precie no debe poseer tal hábito, pero montando a caballo de nuevo con su antiguo socio le entraron ganas de pedir que le liase uno.

–No va a dejarnos en las montañas –dijo, apartando la nariz del aroma–. Si eso nos mata a los dos y saquea nuestras pertenencias.

Otra broma con las que gustaba asustar a George. La piel del hombre se volvió amarilla y le costó tragar saliva. Miró a la espalda del jinete que los precedía.

–Va armado. Nosotros no. –El aire fresco no impidió que el sudor cubriese su frente.

–Relájate, George. No nos hará nada. Míralo. Nos ignora.

Cierto. Baker parecía ir a lo suyo. De todos modos la idea de recibir un disparo de su parte ya estaba grabada en la imaginación de Anders y no había forma de borrarla.

Cabalgaron el resto del día sin obligar en ningún momento a los caballos a pasar del trote. Al asomar las primeras estrellas en el cielo libre de nubes Baker decidió pasar la noche en un claro que distinguió bien embutido en el bosque. Allí el terreno parecía lo suficiente cómodo para encender un fuego y dormir algunas horas. Como había previsto las temperaturas descendieron; descubrió que Kelly era la mujer precavida de siempre. Del fardo de su montura extrajo dos abrigos. Tendió uno a Anders. Baker gastaba un viejo guardapolvo descolorido por el sol y la arena. Se internó entre los árboles y regresó con piedras y hojas secas para armar la hoguera.

–Supongo que ninguno de ustedes sabrá encender un fuego –dijo por incordiar a Kelly, que sí sabía.

Ella acompañó a Anders en la negativa.

–Es fácil. Miren, se hace así. –Y procedió a prender la hoguera explicando los pasos como si tratase con niños.

Anders y Kelly contemplaban el fuego pegados hombro con hombro. Baker apoyaba la espalda en el tronco de un árbol y roía los huesos de uno de los conejos que había cazado. Kelly había devorado el suyo. El de Anders yacía a medio comer a los pies de la hoguera.

–George, imagino que estarás acostumbrado a otros manjares, pero si quieres que el viaje se haga menos duro deberías echar algo al estómago.

–No se preocupe, Baker. Comeré cuando tenga hambre.

–En cambio usted, señorita Douglas –la señaló con un hueso del conejo–, parece que ha pasado casi toda su vida al aire libre.

Kelly dibujó una sonrisa que no duró mucho. Insistía en su pose de mujer bien, cuello y espalda rígidos.

–De niña salí mucho de excursión con mi padre y hermanas.

Baker hurgó entre los dientes con una ramita y escupió al fuego un trozo de carne. Se tapó hasta el cuello con la manta y ocultó la cara con el sombrero.

–¿Va a dormir? –dijo Anders, alterado.

–Durante tres horas. Aunque me contrataron para protegerlos considero que todos deberíamos poner de nuestra parte. Ustedes dos vigilan tres horas y yo lo haré el resto de la noche. ¿Podrás aguantar despierto todo ese tiempo, George? –Éste asintió–. ¿Y usted, señorita Douglas?

Kelly decidió guardar silencio mordiéndose la lengua.

Despertó Baker y encontró a Anders tapado con la manta y el abrigo de Kelly, a la que no encontró allí. Las gafas pendían en la punta de la nariz y

de la boca sonriente manaba un fino hilillo de saliva. Baker estiró la espalda, que protestó con un chasquido. La hoguera se había extinguido. Salió del claro. La luna permitía distinguir sin dificultad el terreno. Encontró a Kelly sentada en un tronco caído. La mujer se tapaba con la manta, que llevaba embozada cubriéndole la mitad inferior del rostro. Se volvió al escuchar los pasos de Baker, que se situó de pie a su lado, liando un cigarrillo. Le pasó la lengua para pegar el papel. Kelly preguntó si podía liarle uno. Baker le cedió el que acababa de hacer.

–Así que tampoco sabe que fumas –dijo. Rasgó una cerilla y acercó la llama al cigarrillo de Kelly, que aspiró la primera calada con júbilo. Expulsó el humo por la nariz con la misma sensación.

–Las chicas buenas no hacen eso –dijo con una sonrisa.

–No fuman, no beben, no roban, no matan.

–Puede que George no sea un tipo duro, pero es un buen hombre y me quiere.

–Y no olvidemos que tiene dinero.

–Y tiene dinero.

–¿Quieres a ese hombre?

Kelly lo meditó entre un par de caladas.

–Le tengo cariño –dijo al cabo–. Sam, necesito sentir alguna seguridad en la vida. Con George sé que nunca me faltará de nada.

–Te faltará diversión.

–Es cierto que lo pasamos muy bien años atrás, pero no todo van a ser juergas y tiros. Quiero vivir tranquila. Además, George puede ofrecerme diversión. A su modo. Según él los teatros y museos de Inglaterra son muy interesantes.

–¿Te vas a Inglaterra?

–Partimos en cuanto termine el negocio que tiene en Texas. Nos casaremos en Europa. Ya ves que el pobre no encaja mucho aquí.

–¿En qué consiste ese negocio?

–No habla de su trabajo. Cuando le conocí ya lo tenía entre manos.

–¿Cómo diablos topaste con él?

–Hará cosa de medio año, en Montana. Durante cuatro días vigilé todos sus movimientos. Tenía aspecto de adinerado, por lo que me instalé en su mismo hotel y lo seduje dándole la impresión de que era él el que me seducía a mí. Tras una semana se atrevió a invitarme a su dormitorio.

–La vieja táctica, ¿eh?

–Para qué cambiar cuando funciona. Sólo que en esa ocasión pensé: ¿por qué no me quedo con él y voy exprimiéndolo poco a poco? A la larga será más beneficioso. Decidí que a los tres meses lo dejaría tras sacarle lo máximo posible. Sólo que no me vi capaz. Me encariñé de él, Sam. Puedes reírte si quieres.

–Ya lo hago, Kelly. Ya lo hago –replicó muy serio.

Baker aplastó el cigarrillo. Kelly bostezó y él la instó a ir a dormir. Se dio la vuelta cuando él la llamó.

–¿No lleváis armas, verdad?

Kelly sacudió la cabeza.

–Supongo que seguirás siendo buena con el rifle.

-Eso espero. Aunque no necesitas mi ayuda para librarte de esos dos.
-Creo que serán unos pocos más. El negro. Me suena. Puede que pertenezca a "Los Seis Grandes".

Kelly frunció el ceño.

-¿Estás seguro?

-Quizás me equivoque.

-Si estás en lo cierto tendré que tomar tu rifle.

-Será divertido ver la cara de tu prometido al verte pegando tiros.

Partieron apenas despuntó el nuevo día, tras una noche sin incidencias. Atravesaron bosques, ascendieron y descendieron tramos empinados, siguieron la corriente de un río.

-Éste es un buen sitio. Deberíamos descansar aquí para que los caballos beban algo-dijo Kelly.

Baker se mostró de acuerdo. La mujer subió la pendiente de hojas y tierra mojada y fue hasta donde supuso sería un buen lugar para acampar. Baker aflojaba la silla de su caballo mirando de soslayo al hombrecillo que se calaba las gafas. Aquel fulano no era hombre de vida a la intemperie. Tan sólo llevaban día y medio de viaje y Anders aparentaba la fatiga de un mes debido a la mirada enrojecida y a los surcos oscuros bajo los ojos. Lo suyo era viajar en diligencia, haciendo paradas en pueblos o estaciones de paso donde uno podía comer y dormir resguardado bajo techo. Tampoco parecía estar acostumbrado a montar a caballo varias horas seguidas por cómo doblaba la espalda y se frotaba la entrepierna cuando creía que nadie le prestaba atención. Baker no se decidía por quién sentir más lástima: si por Anders o por Kelly.

George Anders se sacó el bombín y atusó el abundante cabello negro.

-Señor Baker, me gustaría decirle algo.

Sam sacó la bolsita de tabaco del guardapolvo.

-Haga el favor de prestarme atención, por favor -dijo Anders.

El otro sorbió la nariz y escupió el resultado.

-Te estoy prestando atención, George. -Le sonrió al prender la cerilla con una uña sucia.

-Bien. El caso es, señor Baker, que...

-Nadie me trata de señor, George. Preferiría que me llamasen Baker o Sam.

Anders carraspeó.

-Baker, creo estar en mi legítimo derecho al pedirle que deje de mirar a mi prometida.

Baker alzó las espesas cejas y contempló a Anders a través del humo.

-Que deje de mirar a tu prometida.

-Sí. No me gusta el modo en que lo hace. Es obsceno.

-¿Obsceno?

-Sucio. Le ruego que deje de hacerlo. Es incómodo para ella y es incómodo para mí.

Baker dudaba que Kelly sintiese algún tipo de incomodidad ante nadie. No podía verla, pero el humo de la fogata se elevaba hasta el cielo nublado.

-George -posó una mano en su hombro y el cuerpo del inglés se estremeció ante el contacto-, te ruego me perdonen, pero es una buena hembra. De ahora en adelante te doy mi palabra de que no os molestaré mirándola como un *ocsceno*. Sólo te diré que además de guapa es espabilada. Mira, os enseñé ayer y ella solita ya hizo un fuego.

Anders miró en la dirección señalada por el pistolero (pues sin duda sospechaba que era eso) y descubrió una columna oscura. Con los dedos pulgar e índice se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz.

-Sí que lo es -dijo para sí-. Tuvo una infancia dura.

-¿Ah, sí?

-Me contó que sus padres tenían un rancho que apenas les daba para vivir a ellos y a sus cinco hijas. Kelly era la menor y desde muy joven tuvo que ayudar en las tareas. Por ese motivo no sabe leer ni escribir. Le estoy enseñando, y me complace decir que aprende rápido.

Baker permanecía de brazos cruzados balanceando el cigarrillo en los labios. Hasta aquel punto lo que escuchaba de boca de Anders se ajustaba a la realidad.

-Sus padres y hermanas fallecieron en un incendio del rancho y ella se vio obligada a servir para una familia de buena posición. De ahí proviene su orgullo y saber estar a pesar de ser analfabeta. Nunca se molestaron en darle una educación; no era más que una simple criada.

Baker tiró la colilla y chasqueó la lengua. Kelly se guardó los asaltos a diligencias, atracos a bancos y muertes sin más motivo que una mala (o buena, según se mirase) borrachera.

Anders limpió los cristales de las gafas echándoles el aliento y subió hasta la fogata. Baker llenó la cantimplora en la orilla del río. Percibió algo por el rabillo del ojo. En el otro lado los árboles eran más escasos y podía distinguirse la colina que dominaba el paisaje. En uno de los senderos que se bifurcaban camino de la cima, entre rocas colosales, distinguió dos manchas parduscas que ascendían la cumbre. Metros atrás, dos manchas más. Baker dio un sorbo a la cantimplora sin quitarles ojo.

Cuatro de Los Seis Grandes.

Capítulo 4

A Kelly no le escaparon ni las miradas que George lanzaba a Sam ni la sombra que se había adueñado del rostro de éste. Lo del primero lo achacó al malestar que sin duda seguía sintiendo hacia Baker; lo de su antiguo compañero a que intuía que se avecinaban problemas.

Kelly retiró la cazuela del fuego, cuyo contenido eran judías que había comprado en el pueblo, y con un cucharón de madera distribuyó raciones para los tres. George le dio las gracias con fervor exagerado. Baker se limitó a engullir masticando, o más bien pulverizando, con la boca abierta y los ojos fijos en el fuego. A pesar de estar hambrienta Kelly logró contenerse y comer despacio, emulando a su futuro esposo.

Los prometidos todavía tenían la mitad de rancho en el plato cuando Baker se levantó.

–Tengo que cagar –dijo. Anders arrugó las facciones y Kelly se mordió el interior del labio–. En cuanto vuelva nos largamos de aquí.

Se adentro entre los árboles a obedecer la llamada de la naturaleza sin esperar objeciones por parte de sus compañeros de viaje. Transcurridos diez minutos montaban en sus respectivos caballos. Baker los guiaba siguiendo el curso del río, quien los acompañaba con murmullos relajados.

–Se han puesto en marcha.

El hombre del parche yacía acostado con las manos cruzadas sobre el vientre y la cabeza apoyada en una manta doblada. Se puso en pie y se enfundó los guantes.

–No han perdido tiempo en esta parada –dijo al que lo había despertado, el negro.

–Creo que nos han visto.

–Si nos ha visto alguno seguramente sea el que los acompaña. –Miró a su alrededor y propinó unas patadas para despertar a los otros dos hombres, unos mexicanos que se irguieron con protestas.

Los cuatro montaron los caballos. Allá arriba, en lo alto de la colina, el viento frío golpeaba con furia. Descendieron la pendiente. Podían ver desde allí a los tres que seguían.

–Puedo ver a los cuatro que nos siguen –dijo Kelly a Baker. Se había arriesgado a separarse de Anders–. Si son los seis que crees, los dos restantes deben estar aguardándonos más adelante, preparando la emboscada.

Baker guardó silencio. Su antigua compañera le había adivinado el pensamiento. Más adelante el río serpenteaba hasta ensancharse en un punto donde el agua corría más rápido, golpeando rocas y troncos caídos. En aquel punto el terreno se convertía en una profunda bajada vigilada por montículos de roca.

–Vuelve junto a George –dijo Baker a Kelly–, y pegaros a mi espalda, tú al lado derecho.

Era ahí donde se alzaban los montículos rocosos y en el que Baker llevaba el rifle colgado de la silla de montar. Kelly no necesitó más explicaciones. Anders protestó ante la orden de su prometida de situarse a la izquierda, cerca de Baker. Algo nuevo en las facciones de Kelly lo obligó a obedecer.

Baker vio cómo los hombres alcanzaban los pies de la colina y desaparecían en el bosque. Gruñó. Llegaron a la pendiente, alfombrada por resbaladizas y húmedas hojas. De abajo manaba una fría niebla que aún permitía ver los contornos del bosque, pero que no tardaría mucho en volverse espesa hasta semejar sólida. A mitad del descenso cascos de caballos sonaron llevados por el eco en uno de los peñascos. Baker detuvo el avance y sus compañeros de viaje lo imitaron. Los tres giraron la cabeza a la derecha; Baker y Kelly sin reflejar nada en el rostro, Anders pálido y con quijada temblorosa.

Los dos pistoleros se erguían montados en los caballos, observando a los de abajo con silente frialdad. El de mejillas hundidas se humedeció los labios. Vestía con una elegancia discordante con el entorno: chaquetilla gris sobre chaleco gris, pantalones grises. Una cadena plateada colgaba de uno de los botones de la chaquetilla y se perdía en el interior del chaleco. No usaba sombrero y peinaba el cabello hacia atrás, bien cuidado al igual que las largas patillas y el bigote. Su compañero era a él lo que la noche al día. Un perfecto espécimen de malhechor con dientes amarillos que sobresalían de entre los labios como garras de topo de la tierra, ropa mil veces remendada, piel de cuello y mejillas marcadas por alguna enfermedad venérea. El toque cómico lo ofrecía un sombrero idéntico al de George Anders, en su caso decorado con una pluma de cuervo.

Anders intentó decir algo. Lo único que brotó de su boca fueron gorgoteos. Baker y Kelly no perdían de vista ojos y manos de los desconocidos. Éstos hacían lo propio con Baker, ignorando a Anders y a Kelly; del primero poseían información de que era un abogado inglés acostumbrado a los lujos y tan peligroso como un ternero recién nacido, y de ella... bueno, ella era una mujer. El de la cara masacrada por la enfermedad del amor se hurgó la nariz y ahora sí miró a la mujer, sonriendo como un retrasado.

–Buenas tardes –dijo el elegante. Poseía un tono de voz armonioso. Baker respondió al saludo tocándose el ala del sombrero–. ¿Van muy lejos, señores y señora?

Baker llevó una mano al guardapolvo. Las que sujetaban las riendas de los caballos del elegante y el venéreo se tensaron un segundo, aunque sus ojos no reflejaron nada. Baker sacó la bolsita de tabaco.

–¿Quién lo pregunta? –dijo, y pasó a liar el cigarrillo si despegar la vista de los del peñasco.

El elegante señaló a su compañero.

–Él es Owen. Yo me llamo George.

Baker asintió, prendió el cigarrillo, sacudió la cerilla hasta apagar la llama.

–Owen *Owl* Harris y *Gentleman* George –dijo, sonriendo a los de arriba. *Gentleman* George sonrió a su vez.

–¿Ha oído hablar de nosotros?

–La fama de fulanos de vuestra talla llega lejos, más que el pedo de un caballo.

Owl Harris mostró los dientes torcidos en una mueca igual de torcida que para nada era la sonrisa que pretendía ser. Soltó unas carcajadas que explicaron el mote que arrastraba.

–Entonces sabrá del resto de la banda –dijo *Gentleman* George.

–Algo he oído sobre Los Seis Grandes, sí. ¿Tardaran mucho en unirse a nosotros?

Gentleman George se encogió de hombros y dijo:

–¿Con quién tengo el placer de hablar?

Baker dirigió la vista al fondo de la pendiente, donde la niebla cubría árboles y rocas como un manto. En cualquier momento podrían emerger por ese punto los cuatro que faltaban.

–Mi nombre es Sam Baker...

Los ojos de *Gentleman* George y *Owl* Harris centellearon.

–... y el de ella Kelly Douglas.

Las manos de *Gentleman* George y *Owl* Harris se abalanzaron sobre los revólveres. La diestra de Baker decidió hacer lo mismo, como si tuviese vida propia. Kelly se estiró y sacó de la alforja el rifle de su compañero. Baker, al mismo tiempo que desenfundaba, se inclinó a un lado en un movimiento reflejo que lo salvó de la bala de *Owl* Harris, el más rápido de los dos bandidos en apretar el gatillo. También Baker erró el tiro. El disparo del rifle por parte de Kelly reverberó en la zona, devorando el eco de los anteriores, e impactó en el costado izquierdo de *Gentleman* George, que torció el cuerpo haciendo presión con las piernas para no caer del caballo. Disparó a ciegas y la bala se incrustó en un árbol. Baker no siguió con el tiroteo. Gritó algo, espoleó al caballo y salió al galope sendero abajo, seguido de una frenética Kelly y un ofuscado Anders. Si se quedaban allí podrían abatir sin problemas a los del peñasco, pero Baker no quería correr el riesgo de que eso mismo hiciesen con ellos los cuatro que todavía no habían aparecido.

Aguzando vista y oído, con violentos latidos en las sienes, Baker se internó en la niebla, revólver en mano apuntando al cielo, dedo pulgar amartillando, índice cerca del gatillo. La niebla no permitía distinguir los obstáculos hasta que estos casi se abalanzaban sobre uno, pero Baker no rebajó el galope en ningún momento, arriesgándose a ser golpeado por la rama de un árbol o incluso a caer por un terraplén o al río. Kelly lo seguía con latidos idénticos martilleando en las sienes, más pendiente de George a sus espaldas que de los peligros de delante. Fue ella quien escuchó los galopes y voces rugiendo a la izquierda, cerca.

–¡Sam, a la izquierda!

Al tiempo que Kelly gritaba la niebla se abrió de ese lado rasgada por cuatro figuras cabalgando en comitiva a igual velocidad que Baker y los suyos. Baker disparó dos veces sobre ellos sin detenerse a comprobar si había dado en el blanco. Kelly vio a uno de los cuatro hombres alzar un

rifle similar al que ella portaba. El hombre, panzudo y de barba rizada, con pinta de mexicano, disparó en respuesta a Baker. El proyectil pasó cerca de Anders, que aulló de terror.

El del parche ordenó a dos de sus hombres que subiesen la pendiente en busca de los compañeros restantes y él, acompañado del panzudo de barba rizada, salió en pos del abogado.

Baker redujo la velocidad permitiendo que Kelly se situase a su altura.

-Seguid vosotros. Los distraeré un poco.

-¿Estás loco?

-No me pagan por huir -dijo, y ella no discutió, pues sabía que Baker no cambiaría de parecer-. Ve a la derecha y cuidado con la niebla.

Antes de separarse, Baker le entregó una canana con cartuchos para el rifle. Kelly la colgó a guisa de bandolera, apretándole los pechos sobre el abrigo abierto. Baker viró a la izquierda. Kelly y Anders tomaron la dirección opuesta.

El del parche escuchó galopes que tomaban caminos separados y comprendió la situación. Alguien iba a por ellos mientras los demás huían. No había duda posible sobre quién era cada cual. Los rivales se vieron al mismo tiempo. Apenas distinguió las siluetas Baker se inclinó a un lado y disparó contra la más fornida. El panzudo soltó el rifle y llevó las manos al vientre, de donde manaba sangre y calor. Se ladeó y embistió con la cabeza en un árbol. El impacto lo expulsó del caballo. El cabecilla de los ahora Cinco Grandes tiró de las riendas. El animal se detuvo y se irguió sobre los cuartos traseros, relinchando y sacudiendo en el aire las patas delanteras. El caballo de Baker hizo lo propio en contra de la voluntad del jinete, que fue sacudido hacia delante golpeándose el pecho contra el poderoso cuello del animal. Sin aliento, Baker comprendió que su caballo acababa de salvarle la vida, pues si no llega a detenerse las patas del otro podrían haberle abierto la cabeza. Sin comprobar el terreno Baker se arrojó del caballo y disparó las balas que quedaban en el tambor de seis proyectiles contra el animal del hombre del parche, que seguía erguido. Los disparos acertaron y el jinete saltó antes de que el caballo lo aplastase al desplomarse.

Baker se refugió en un árbol. Recargó el arma. Iba a asomarse para disparar cuando un proyectil rasgó la corteza del tronco. Trozos resinosos salpicaron el pelo de Baker, que había perdido el sombrero tras la caída. Cerró los ojos para evitar las astillas. Sin sacar la cabeza disparó al azar. El árbol no era un buen refugio. A unos metros vio un parapeto formado por rocas. Disparó dos veces nuevamente sin atisbar y corrió hacia las rocas, lanzándose tras ellas en el momento exacto en que más balas buscaban alojarse en su cuerpo.

Se atrevió a asomar la cabeza. La niebla no permitía ver al contendiente. Estaba allí, protegido como él, con toda probabilidad figando los alrededores en un vacuo intento de detectar movimiento entre la bruma. Baker se consoló pensando que él mismo al menos no era tuerto. Escuchaba los relinchos nerviosos de su caballo procedentes de la izquierda. Sería demasiado arriesgado correr hacia allí, saltar a su grupa y poner tierra de por medio.

Tres disparos resonaron y el animal dio un último y largo relincho. Baker apretó mandíbula y culata del revólver.

-Ojo por ojo, amigo -dijo una voz que parecía provenir de todos lados.

-Tú de eso sabrás un poco -replicó Baker, bajando el tono en las dos últimas palabras; había escuchado algo a sus espaldas.

Se volvió. El negro que iba a caballo parecía aún más confuso que Baker cuando se toparon sus miradas. Éste saltó del suelo, aferró la mano que alzaba el arma contra él, y al tiempo que la retorció hundió su revólver en el vientre del otro para disparar dos veces. El negro se dobló hacia delante y Baker lo arrojó del caballo. Fue a dar de cabeza contra las rocas. Baker saltó al caballo. Clavó las espuelas en la piel del animal, descargando adrenalina, y pasó por alto los disparos a su espalda.

Capítulo 5

Cuando el líder de la banda alcanzó el escondite de Baker le dio tiempo de ver cómo éste se internaba en la bruma con el caballo de Bob, que yacía a sus pies, tierra y rocas bañadas con su sangre. Aparecieron a su lado Harris, George y Ernesto, uno de los mexicanos.

Ernesto contempló el cadáver de Bob. El del parche dijo:

–Ese hijo de perra es bueno. Lo ha liquidado a él y a tu primo.

El mexicano escupió tabaco sobre Bob. Se limpió los labios y el frondoso mostacho con la mano. Espesas matas de vello asomaban de la camisa entreabierta como si rasgasen la tela.

–Tú tuviste más suerte –dijo el tuerto a Gentleman George, que apretaba la herida con una mano. Se veía mortalmente pálido. Capas de sudor cubrían su cara. La sangre se le colaba entre los dedos y salpicaba el suelo.

–A mí no me disparó él. Fue la mujer –logró decir.

–¿Esa remilgada de confesionario?

–De remilgada, nada, Lemmy. Resulta que es Kelly Douglas. Y el tipo que contrataron dijo llamarse Sam Baker.

Lemmy Dillon asintió a la profundidad del bosque.

–Al terminar el trabajo pediremos más dinero.

El linde del bosque daba a un terreno pedregoso salpicado de matas. La niebla persistía en esa zona, aunque en menor intensidad. Baker obligó al caballo a internarse en la zona más poblada por guijarros huecos entre las rocas; a pesar de que al animal se le podía quebrar una pata como una rama, era el sitio adecuado, puesto que los peñascos servirían de refugio. El resto de la zona era campo abierto. Y como conocía bien a Kelly, sabía que aguardaría por allí cerca, vigilando su llegada o la de los perseguidores. Llevó dos dedos a la boca y efectuó un largo silbido. Se elevó el que les servía de respuesta, procedente de un montículo constituido por tres grandes rocas y un alto arbusto espinoso. El refugio era mejor de lo que aparentaba. Desde el exterior no podía distinguirse, pero tras las rocas y el arbusto el terreno bajaba a una cueva no muy profunda, pero con espacio suficiente para ellos y los caballos. Un estrecho sendero rodeaba la cueva por un flanco. Encontró a Kelly boca abajo en el exterior de la cueva, vigilando, el rife apoyado en las rocas. Abajo, Anders se sentaba con las manos a la cabeza, mirando al suelo.

–Tienen dos bajas –dijo Baker.

Saltó del caballo y lo condujo por las riendas a la cueva, donde descansaban los otros dos. Anders no despegó la vista del suelo ni pronunció palabra. Baker se situó al lado de Kelly, también boca abajo. Tenía ropa y mejillas sucias de tierra. Un tirabuzón libre de la trenza le caía sobre la cara. A pesar de que las temperaturas no eran altas, Kelly se

había deshecho del gabán y llevaba las mangas de la camisa remangadas. Lo que sí seguía llevando era la canana con la munición del rifle. Se apoyó en los codos y no le importó cazar a Baker mirándole el generoso busto blanco a través de la camisa entreabierta.

–Voy a echarte de menos cuando vayas a Inglaterra. Podríamos recordar los viejos tiempos en cuanto termine esto.

Kelly le sonrió. Miró a la cueva. George seguía ensimismado. Juntó más los brazos, estrujando los senos.

–Si salimos de ésta, nada me gustaría más, compañero.

Escucharon pasos. Anders se situó de pie al lado de ellos.

–George, escóndete –dijo Kelly–. Pueden verte.

Obedeció dejándose caer a su lado. Evitó mirar a Baker.

–¿Desde cuándo os conocéis?

Kelly suspiró.

–Desde hace mucho.

–¿A qué os dedicabais?

Kelly miró a Baker, que pasaba de ellos atento al bosque. Kelly llevó una mano a la cara de George. Él se dejó acariciar con dulzura.

–Teníamos que sobrevivir –dijo Kelly.

–¿Qué significa eso?

–Que hicimos cosas desagradables y muy desagradables.

–¿Nada bueno?

–Seguir vivos. ¿Te parece poco? –intervino Baker.

–Cometí errores –continúo Kelly–. Maté a padres de familia inocentes, quemé diligencias por diversión con niños viajando en su interior. Y muchos errores más, George. No intento corregir ni olvidar el pasado, sino evitar que vuelva, a ser posible a tu lado.

–¿Por qué no me contaste la verdad?

–¿Podrías resistirla?

–He trabajado en casos duros, mi amor –dijo George, ahora acariciando él a Kelly–, y te quiero tanto que estoy dispuesto a acompañarte por el buen camino.

Kelly no pudo evitarlo: se le anegaron los ojos y dio un largo beso a su futuro marido.

Baker se situó boca arriba y lió un cigarrillo. Bostezó.

–Te toca, George –dijo.

–¿A qué se refiere?

Baker exhaló el humo por la nariz. Lanzaba miradas de vez en cuando sobre el parapeto.

–Ahora sabes qué éramos. O qué soy. Por lo visto Kelly se ha reformado. Nos toca a nosotros saber a qué viene todo esto. Los Seis Grandes son unos cabrones de cuidado, inglés. ¿Por qué quieren liquidarte?

Anders buscó ayuda en Kelly. La frialdad de sus ojos azules indicaba que también ella quería y necesitaba saberlo. Anders tragó saliva.

–A usted se le paga por defendernos, Baker, no es de su incumbencia.

–No sería de mi incumbencia si defendiese a una parejita cualquiera, pero resulta que Kelly es la única familia que poseo. Tengo derecho a saber quién coño va a desposarla.

A pesar de la tranquilidad de la que hizo gala, Kelly percibió rabia y celos en las palabras de su antiguo socio.

–Está en su derecho, George –le dijo ella–. Hasta hace tres años compartimos mucho juntos.

–Entonces, ¿todo lo que me contaste de tu infancia es mentira?

–Tras servir a aquella familia rica vagué con Sam.

Anders se ajustó las gafas.

–¿Por qué os separasteis hace tres años?

Kelly y Baker se miraron. Él dijo:

–Basta de mierdas. Quiero saber por qué van tras de ti.

Anders se quitó las gafas y frotó los ojos en un acto que era pura comedia.

–Soy abogado. Hace un año llegó una carta a mi oficina en Londres en la que solicitaban mis servicios. Debía residir en América el tiempo que durase el juicio a mi cliente, Andrew C. Harris hijo.

Baker y Kelly mostraron la misma sorpresa. Ella dijo:

–¿Andrew C. Harris, el magnate ganadero, te contrató?

–Para defender a su hijo, acusado de violación. Un antiguo cliente mío es amigo de Harris. Le recomendó mis servicios. El juicio ha de celebrarse dentro de unas semanas en Texas, donde reside la familia Harris.

–¿Qué hacías en Montana cuando nos conocimos? –dijo Kelly.

–Investigar. Allí se cometió el crimen.

–¿A quién violó Harris hijo? –preguntó Baker, siempre atento a más allá del refugio.

–Supuestamente a la hija de un matrimonio de colonos que se dirigían a Texas junto con otras familias.

–¿Y lo hizo él? –dijo Kelly.

–Padres e hija aseguran que la forzó en un granero, pero nadie vio nada, tal como yo esperaba.

–No es difícil comprar el silencio de un hombre –dijo Baker.

–Nada de eso explica lo de Los Seis Grandes –dijo Kelly.

–Sospecho que quieren matarme para que no defienda al joven Harris.

–Si es cómo tú dices, entonces quien los contrató debió ser la familia de la chica, pero esos hombres son peligrosos y sus servicios no son baratos. Es muy difícil que unos simples colonos tengan el dinero suficiente.

–Cariño, no veo otra explicación posible.

–¿Y tú qué crees, George? ¿Es culpable el niño Harris? –dijo Baker.

–Yo tengo que demostrar que no lo es.

–Aunque lo sea –gruñó Baker–. He visto morir a gente en la horca por mucho menos de lo que tú haces.

Anders iba a soltar todo un discurso, pero Baker alzó una mano solicitando silencio.

–He visto algo –dijo, clavando la vista en el bosque.

Un destello.

Lemmy Dillon se ocultaba entre los árboles barriendo con el catalejo cada palmo del terreno, en especial el más elevado. Baker, Douglas y el ratoncillo estaban allí, sin duda preparados (al menos los dos primeros).

Sentado en el suelo, Ernesto tallaba con el cuchillo un trozo de madera.

-¿Ves algo? -dijo.

-No, pero se esconden en algún lado. Si salimos, nos freirán a balazos.

-George caerá en cualquier momento.

-Así es una carga. Necesito su caballo.

Ernesto escupió tabaco por un lado de la boca.

-Dijiste que al terminar el trabajo pediríamos más dinero.

-Sí.

-No creo que tengan tanto. No sé ni de dónde sacaron el que les pedimos.

-No me importa cómo y dónde consiguieron el dinero. Negociaremos el pago de una cantidad extra. Nadie dijo que nos veríamos mezclados con Baker y Douglas.

-Hacía años que no se escuchaba nada de ellos. Los creía muertos. Al menos él. Se cuentan ciertas historias...

-Rumores. Lo que sí es cierto es que tuvieron cierta reputación. Siguen siendo buenos.

Owl Harris se acercó rascándose con saña la entrepierna.

-George acaba de diñarla.

-Tres de nosotros y ellos no tienen ni un rasguño -dijo Ernesto. Dejó caer el cuchillo, que se clavó limpiamente en la tierra.

-Por un trabajillo que era un paseo -dijo Owl Harris-. Y ahora estamos sudando balas.

Dillon se volvió para mirarlos.

-Si vais a llorar prefiero salir y dejar que me tiroteen esos cabrones.

Siguió recorriendo la zona. Durante un breve intervalo un bombín asomó tras unas rocas, metros arriba.

-He visto algo.

Un débil rayo de sol rasgó las nubes y rebotó en el catalejo.

Baker ordenó a Kelly estar atenta al linde del bosque, pues de allí saldrían. De momento, era ella quien tenía más posibilidades de hacer blanco. Desde aquella distancia sólo alguien diestro con el rifle acertaría al objetivo. Baker, con el revólver, dispararía como distracción.

-Seguramente uno quedará abajo mientras los demás se arriesgan a subir. Sam, si mataste a dos, puede que ahora nos enfrentemos sólo a tres. Yo herí al repeinado. Si no ha muerto ya, no creo que esté en condiciones de atacar.

-Contemos con él de todos modos. Hay hombres que aún heridos son capaces de todo.

La mente de Kelly voló tres años atrás. Vio sangre derramada. Mucha sangre derramada.

Owl Harris se tumbó boca abajo apoyando el cañón del rifle en un tocón. Tenía a tiro la zona que le había señalado Dillon. Ernesto arrastró el cadáver de George y logró subirlo al caballo. El muerto se desplomó sobre el cuello del animal, que relinchó nervioso.

-Como mucho nos proporcionará un par de segundos de ventaja.

-Bastará -dijo Dillon. Montó en el caballo de Harris.

Ernesto subió al suyo. Lanzó un escupitajo marrón oscuro que se estampó en el chaleco de Gentleman George. Ernesto y Dillon llevaban los rifles a la espalda.

–¿Preparado? –preguntó Dillon a Harris.

–Preparado –respondió Harris a Dillon.

El jefe hizo un gesto a Ernesto y éste dio un manotazo en la grupa del caballo que cargaba con el muerto. Entre la carga y el golpe el animal salió disparado con ojos desorbitados, el jinete dando bandazos como un muñeco de paja.

Kelly disparó con un movimiento reflejo apenas el animal emergió el hocico del bosque. Cuatro balas salieron de la boca del rifle. Dos acertaron en Gentleman George, a quien poco le importaba ahora tal detalle. Durante la fracción de segundo que medió entre que vio salir al caballo y presionó el gatillo, la parte racional del cerebro de Kelly asimiló que algo no andaba como debiera, y aún así la adrenalina la instó a acribillar al enemigo. Movi6 el arma unos centímetros, ahora contra los dos que salían en pos del primero. Iba a dispararles, pero ellos se le adelantaron. Saltaron esquirlas de las rocas que le servían de protección. Una penetró en el ojo izquierdo de Kelly. Gritó de dolor ante el fuego que crecía. Baker tiró de ella obligándola a ocultarse, creyendo que una bala había alcanzado a su compañera.

–¡Mi ojo, joder, mi puto ojo!

Anders le sujetó la cara con ambas manos. Baker se obligó a tomar el rifle y a disparar a los de abajo. El ojo derecho de Kelly miraba azul y asustado; el otro estaba entrecerrado y Anders lo abrió del todo. Un rojo de intensa tonalidad sangrante ocupaba todo el blanco del globo ocular. La esquirla de roca aparecía clavada en el iris.

–¿Está herida? –dijo Baker. Tenía a tiro a uno y disparó contra él, sin acertar–. ¿Está herida, maldita sea?

–No –gritó Anders–. Se le ha clavado un trozo de piedra en el ojo.

–Pues quítaselo.

–¿Qué le quite qué? ¿La piedra o el ojo?

–La piedra, hijo de perra.

Más disparos sobre ellos. Baker se refugió de nuevo. Kelly había estado en lo cierto: uno cubría al resto desde el bosque. Y era bueno con el rifle, mucho más que Baker.

Fue la propia Kelly quien se extirpó la esquirla. El ojo sano no se tiñó de carmesí, sino de rabia. Propinó un empujón a Anders y arrancó el rifle de manos de Baker. Se incorporó, plantó un pie en las rocas y disparó contra todo lo que se movía abajo.

–¡Bastardos hijos de mil putas! ¡No tenéis ni puta de idea de a quién estáis jodiendo!

Sólo se escondió para recargar el arma. Baker disparó con su revólver contra el bosque, aunque allí no veía a nadie. Antes de cubrirse de la lluvia de balas tuvo tiempo de comprobar que abajo sólo estaban los caballos y el cuerpo del fulano que había abatido Kelly. Los otros dos habían logrado dar con un refugio. Kelly volvió a saltar para seguir con la furia, pero Baker se abalanzó sobre ella y la derribó. Rodaron hasta la

cueva, levantando nubes de polvo a su paso.

–Ni se le ocurra ponerle la mano encima –dijo Anders, sujetando a Baker por las solapas del guardapolvo.

Baker embutió el cañón del arma en una ventana de la nariz de Anders.

–Suéltame ahora mismo o te incrusto una bala en el cerebro, pedazo de mierda –dijo, apretando la mandíbula y mirando de soslayo a Anders. Éste no había topado con una aversión semejante en ninguna mirada antes.

Decidió soltarlo. Baker volvió a centrarse en Kelly. El párpado caído y los bordes del ojo aparecían enrojecidos. El globo ocular, ensangrentado. La tomó por los hombros.

–Olvídate del ojo –le dijo.

–¿Que me olvide del ojo? No veo nada por él, Sam. ¡Nada!

–Intenta tranquilizarte. Pueden abalanzarse sobre nosotros en cualquier momento y te necesito lúcida para que mates al que los cubre desde el bosque.

–Está a varios metros, oculto entre los árboles, y por si no te has dado cuenta veo la mitad, jodido gilipollas.

–Hazlo, Kelly. Sólo Hazlo.

Ella se limitó a asentir. Volvieron arriba, donde los aguardaba Anders tan asustado que la piel de la cara se le derretía como manteca al fuego. Ni Baker ni Kelly le prestaron atención. Kelly asomó lo justo apuntando al bosque y Baker se arrastró por un lateral fuera del refugio con intención de coger por sorpresa a quien quiera que se atreviese a plantarles cara. Si la suerte estaba un poco a su favor, el guardapolvo gastado serviría de camuflaje con el terreno.

Desde su privilegiada posición Owl Harris vio cómo Ernesto abandonaba el parapeto y avanzaba hacia los tres desgraciados, rodeando el terreno para poder atacarlos desde arriba de la cueva. Dillon se mantenía inmóvil en su sitio. Harris no estaba seguro, pero supuso que le había acertado a la mujer.

Kelly no distinguía ninguna condenada figura humana entre los árboles. Disparó, sin demasiadas esperanzas de hacer blanco, hacia donde creía que sería el lugar idóneo para tomar posición.

Harris llevó una mano a la entrepierna y se rascó con cara de satisfacción. Una bala silbó demasiado cerca y se le borró la sonrisa de la cara podrida; la tiradora no estaba herida y sabía de su posición.

Kelly probó a disparar al mismo sitio.

La segunda bala acojonó a Harris, por lo que decidió rodar raudo a un lado en busca de una nueva ubicación.

Anders captó movimiento entre los árboles.

–Se mueve hacia nuestra derecha –dijo, y como ella no respondió, creyó que no le había oído o que le ignoraba.

Kelly no había visto nada, pero se fió de las lentes polvorientas de George. Disparó dos veces a donde señalaba su prometido. Allí la zona estaba más despejada, y sí, captó el fogonazo del rifle al disparar hacia ellos.

–Te tengo, sucio rastrero –murmuró con el cuerpo a tierra.

Harris sabía que allí estaba más expuesto, así que optó por asomarse lo

justo. De todos modos, ya había hecho un buen trabajo cubriendo a sus compañeros. Ahora ellos debían poner un poco de su parte. Se agachó con la espalda contra el árbol y sacó la mitad de la cabeza.

-Mierda.

Alguien se arrastraba hacia Ernesto.

Capítulo 6

Baker se escurría por un saliente de roca. Bajo el mismo avanzaba de cuclillas Ernesto, igual de sigiloso. Cada cual prosiguió con su camino y planes sin ser consciente del otro. Baker se detuvo al borde del peñasco a otear los alrededores, albergando la esperanza de que Kelly no permitiese al tirador del bosque dar con él. Halló un par de buenos sitios en los que podrían ocultarse dos personas. Uno se encontraba lo bastante cerca de su posición para comprobar que no estaban allí, así que decidió apostar por el otro, más alejado y parecido al refugio que había elegido Kelly, aunque de menores dimensiones. Llegar allí sería exponerse demasiado al tirador. Gruñó y decidió correr el riesgo. Colgó en el borde del peñasco y se dejó caer sobre la zona de terreno con menos piedras; cualquier delicado sonido podía delatarlo. Se acuclilló. Tenía la incómoda sensación de que en cualquier momento una bala podría herirlo o delatarlo. La sensación se esfumó al ver las pisadas. Siguió el rastro hasta doblar el peñasco y confirmó lo que ya sospechaba: que avanzaban camino arriba, rodeando la cueva. Miró a lo alto. Alguien escalaba el exterior de la cueva para encaramarse a lo alto y coger desprevenida a Kelly.

Baker desenfundó.

Ernesto se disponía a saltar sobre la mujer cuando una bala se incrustó cerca de sus botas. Kelly se dio la vuelta alertada por el disparo. Ernesto se lanzó a por ella y Kelly quedó sin aliento debido al golpe y al peso del mexicano moreno y sudoroso que resoplaba sobre su boca. Ernesto le escupió tabaco en la cara y retorció la delgada muñeca de la mujer obligándola a soltar el rifle. Ella se revolvía y buscaba los ojos del atacante, arañando su cuello y mejillas. Ernesto se arrodilló sobre el vientre de la mujer. Por causa del ojo malo y la falta de aire a Kelly se le nubló la visión, al igual que a Ernesto cuando Anders lo golpeó con la culata del rifle detrás de la cabeza. El mexicano parpadeó un par de veces y sacudió la cabeza. Medio mareado se levantó y descargó un puñetazo en el estómago de Anders, que fue enviado rodando hasta la entrada de la cueva.

Antes de matar al abogado inglés Ernesto debía ocuparse de la mujer. Si se enfrentaban a Kelly Douglas y a Sam Baker, mejor aprovechar cualquier oportunidad. Aprovechando la osadía de George, Kelly se incorporó sin molestarse en limpiar el tabaco de la cara. Al volverse Ernesto hacia ella Kelly lo golpeó con el puño en la mandíbula. A pesar de su apariencia atractiva y frágil sabía propinar excelentes puñetazos, pero el mexicano era tan recio como un portón, por lo que apenas se inmutó. Abofeteó a Kelly con la mano abierta antes de rodear su cuello con ambas manos, apretando y despegándola del suelo. Las botas de montañero de Kelly buscaban la entrepierna del mexicano.

Baker corrió presto a ayudarla. Un disparo levantó tierra a centímetros de sus pies. Otro dio en la roca del peñasco por el que había descendido.

Si intentaba alcanzar a Kelly el hijo de puta del bosque terminaría alcanzándolo tarde o temprano. No tenía alternativa. Debía dejar que su compañera se las apañase sola. Baker era consciente de que el tercer hombre rondaba cerca, y aún así dio la espalda al sendero que llevaba hasta la cueva. Se tiró, deslizándose colina abajo, las balas silbando a su alrededor. Saltó con el impulso de la bajada y dio una voltereta hasta la zanja que había visto durante el descenso. Quedó de rodillas. Desenfundó mirando alrededor. El sudor le caía sobre los ojos y le escocían las piernas debido a los cortes. A pocos metros, en una zanja parecida a la suya, descubrió al individuo del parche; le sonaba que llevaba por nombre Dillon.

El líder de los antiguos Seis Grandes no pudo más que admirar los cojones que le había echado el hombre que llevaba por nombre Baker. Tirarse de aquel modo por la colina... Dillon sonrió, desenfundado al mismo tiempo que Baker. Los tres ojos se cruzaron y los revólveres emitieron el idioma que conocían. Dillon llevaba ventaja: él no había aterrizado de rodillas y tenía el pulso más templado. La bala de Baker no causó molestias a Dillon; la de éste se llevó por delante media oreja derecha de su rival. Baker gritó de dolor y siguió disparando hasta vaciar el tambor, la mano zurda golpeando el martillo como si la culpa fuese toda suya.

Dillon había contado con que el disparo acertase a Baker en frente o cuello, por eso cuando una de las balas del otro le rozó el hombro la sorpresa cegó al dolor. Gritó también él gritó y vació el revólver; Baker había desaparecido. Recargó el tambor, vigilando. La herida del hombro era poco más que un picor. Escuchó dos disparos procedentes del bosque: Harris acosando a Baker.

Baker se tiró al suelo, rodando a ninguna parte. Le palpitaba la cabeza por culpa de la oreja y de los disparos dirigidos contra él, los cuales cesaron de repente; el tirador cargando el arma. Baker disparó a la zanja donde yacía Dillon, por si se le ocurría atreverse a salir. Se incorporó de un salto y echó a correr en dirección al bosque con intención de rajarle el cuello al bastardo que se ocultaba allí.

Kelly lo veía todo rojo. El aire era un bien escaso. Dejó de intentar patear al mexicano y alzó los brazos, cada vez más pesados. Sus manos aferraron los muñiques del hombre y tiraron de ellos hacia atrás. Ambos dedos crujieron al mismo tiempo. El hombre rugió, pero no la dejó libre. Kelly pasó a los dedos anulares. Tiró de ellos, pero antes de rompérselos el mexicano optó por soltarla. Kelly cayó fuera del parapeto y rodó colina abajo. Ernesto tragó los alaridos de dolor apretando las mandíbulas. Gruesas cuerdas de saliva colgaban en su mentón. Le latía el corazón con fuerza y desorbitó los ojos con mirada demente al mirarse las manos en las cuales los dedos yacían demasiado arrastrados hacia atrás; unas pulsaciones de calor daban paso a la hinchazón.

Kelly alargó el brazo y clavó la mano en la tierra para dejar de rodar como cerdo en la piara. Al mirar arriba descubrió al mexicano con la cara roja y una vena hinchada en la frente. Kelly sonrió. Con los huesos de los

meñiques astillados le costaría un poco más usar el revólver. Sólo un poco más, aunque cualquier segundo sería valioso. Kelly se incorporó y corrió de regreso a la cueva con intención de enfrentarse al mexicano.

Preocupada como estaba por su George, no percibió la figura que la atrapó por la espalda rodeando un brazo en torno a su cuello. El cañón de un revólver se hundió en sus costillas, rozándole un pecho, y la vaharada de sudor despedida por su atacante la golpeó en la nariz.

–No estoy para bromas, perra, así que ni se te ocurra seguir jodiendo.

Kelly distinguió el parche. Dillon la soltó con la misma velocidad que la había atrapado y le propinó un puntapié en la rabadilla. Kelly quedó a cuatro patas. Se frotó la zona golpeada. Otra patada, ésta dirigida a los riñones, la obligó a darse la vuelta. Al ver el ojo de la mujer Dillon sonrió con algo que podría denominarse empatía. Kelly hizo amago de abandonar el suelo. Dillon no se lo permitió descargando una nueva patada en su estómago. Kelly quedó sin aliento. Dillon la tomó por el cuello de la camisa y la arrastró hasta la cueva, vigilando abajo, donde ya no podía ver a Baker.

La mano de Owl Harris que se encargaba de recargar el rifle temblaba por culpa del hombre que se acercaba a la carrera. Sam Baker tenía el rostro desencajado por la furia. Dos cartuchos del rifle cayeron de las manos sudadas de Harris.

–No, joder, no –dijo, agachándose para recogerlos.

Baker aprovechó el intervalo para cargar su arma con tres balas. Harris se incorporaba cuando Baker situó el revólver a la altura de la cintura. Con una calma en las manos que ni por asomo sentía en el resto del cuerpo, Baker efectuó dos disparos. Harris dio un respingo y volvió a perder los cartuchos. Los ignoró y, sin sacar la cabeza de detrás del árbol, disparó. Todavía humeaba el cañón del rifle cuando algo lo aporreó en las costillas. Baker arrancó el rifle de las manos virulentas de Harris y le propinó un culatazo en la entrepierna; a continuación, en el puente de la nariz. Sonó un chasquido seco y Harris se desplomó inerte.

Baker miró a lo alto de la colina. Kelly era arrastrada en dirección a la cueva. Ella y Dillon desaparecieron tras el parapeto.

Baker tomó la munición del rifle de Harris junto con su revólver y balas. Corrió hacia la colina, resguardándose en cada ocasión que el terreno y la presión se lo permitían.

Dillon arrojó a la mujer al suelo. Por si intentaba nuevos forcejeos le pateó más fuerte las costillas. Descubrió a Ernesto con la boca entreabierta, jadeando. Tenía las manos demasiado rojas, los dedos meñiques demasiado retorcidos e hinchados.

–Voy a matar a esta ramera.

Dillon sacudió la cabeza.

–De momento, no. Ahora está indefensa. Baker sigue ahí abajo. Quizá ella pueda ser de ayuda.

Dillon fue hasta Anders. Los habían contratado para liquidar a aquel abogado inglés. Ahora sólo quedaban dos (tres si Harris tenía mucha suerte) lo cual significaba más dinero a repartir. Dillon desenfundó. Los

disparos dejaron irreconocible el rostro de Anders.

El dolor en las costillas no impidió a Kelly gritar.

Baker alcanzó el saliente por el que se había descolgado minutos antes. Se detuvo a tomar aliento. Los disparos y el grito de Kelly reverberaron sobre él. El grito de su compañera no era de dolor, no al menos físico, por lo que supuso que se habrían cargado a Anders. Baker no sintió lástima por el inglés, pero sí un poco por Kelly, que seguía allí arriba con al menos uno de Los Seis Grandes con vida. Palpó lo que le quedaba de oreja. Aunque había dejado de sangrar, el escozor era insoportable. Kelly lo más probable es que pierda un ojo, y a mí me falta una oreja, se dijo, esbozando una torcida sonrisa. Dejó atrás el saliente rocoso, en todo momento controlando el refugio de arriba.

Ernesto tuvo que hacer gala de toda su fuerza para sujetar a la mujer cuando ésta se disponía a saltar en pos de Anders. A pesar del dolor en los muñiques resistió las sacudidas de Kelly.

-Suéltala -dijo Dillon.

Ernesto obedeció. Kelly cayó de rodillas para al momento levantarse. Se disponía a atacar al del parche, pero la boca oscura del Colt le aconsejó cautela.

-No intentes nada, Douglas, o recibirás la misma medicina que Anders.

Kelly apretó los dientes. El ojo le ardía, aunque no tanto como las entrañas. Dillon se tocó el parche.

-Vas a tener que usar uno igual. Si sales de ésta.

Kelly escupió a los pies del hombre.

-Sólo quedáis dos. Los Seis Grandes, ¿eh? Ni seis, ni grandes.

Dillon sonrió y se encogió de hombros. Sin dejar de mirar a la mujer, se dirigió a Ernesto.

-Vigila que no se acerque Baker.

Ernesto se tendió y asomó la cabeza.

-No lo veo por ningún lado.

-Grita bien fuerte lo siguiente.

Capítulo 7

De cuclillas, apoyada la espalda en una roca el doble de grande que él, Baker se pasó una mano por la cara. Debido a que no había barba que rascar, cesó el gesto. Por el rabillo del ojo le pareció distinguir a alguien oteando en el refugio. A los pocos segundos escuchó la voz resonando en la ladera.

–¡Baker! La tenemos con nosotros. El abogado está muerto. Tú mejor que nadie comprenderás que era nuestro trabajo encargarnos de él. A ti y a Douglas os dejaremos ir si vosotros nos dejáis ir a nosotros. ¿Trato hecho?

Baker volvió a pasar la mano por la cara. Intentó meterse en la piel de sus rivales. ¿Qué haría él en su lugar? Matarlos a la menor posibilidad.

Se escuchó de nuevo la voz.

–¿Qué dices?

–Que os follen.

Una risa restalló. Kelly. Estaba de acuerdo con él.

Ernesto se volvió hacia Dillon, que seguía encañonando a la mujer.

–¿Qué coño hacemos ahora?

Dillon dijo:

–Pues matarl...

Kelly lo cortó al embestirlo con el hombro en el estómago. Dejó a Dillon sin aliento y revólver. Se agachó, tomó el arma y cosió a balazos a Ernesto cuando éste trastabillaba con manos torpes en procura del revólver en la funda. El mexicano se despeñó colina abajo. Al tiempo que machacaba el gatillo Kelly sabía que un par de balas bien encajadas serían más que suficientes para deshacerse del hombre, pero era la ira quien portaba el arma, no ella; ahora no tenía proyectiles con los que liquidar a Dillon, que ya se recuperaba del empujón. Lo único que se le ocurrió fue intentar descargar un culatazo sobre aquel hijo de perra, pero Dillon interceptó la muñeca de Kelly. La retorció hasta que abrió la mano y dejó caer el revólver. El ojo sano de la mujer lagrimeó. Dillon continuó retorciendo la muñeca. Kelly se encogió hasta quedar de rodillas.

–Si no anduviese Baker cerca, te follaría antes de matarte a patadas. Y después volvería a follarte.

Pero se le ocurrió una idea todavía mejor.

Baker apenas prestó atención al muerto que rodaba como saco de pienso. Sólo quedaba Dillon. Quizá cuando llegase arriba Kelly ya se habría deshecho de él. O al contrario. Obligó a las piernas a dar lo mejor de sí. El corazón le latía presuroso, y pensó que años atrás, por muy borracho que anduviese siempre, aquel trayecto que atravesaba ahora sería un jodido paseo. Escuchó una serie de disparos y se dio más prisa.

Cuando al fin alcanzó el refugio de la cueva sin ninguna bala alojada en las tripas, descubrió que allí no había nadie. Lo único, dos caballos

desplomados y Anders convertido en adefesio. Dillon se había largado con Kelly a través del sendero que rodeaba la cueva y conducía a lo alto de ésta. Había sacrificado a los caballos para impedir que Baker siguiese su rastro. Con cautela, cruzó la zona. Apostado sobre la cueva contempló el terreno que se alargaba hasta el horizonte. Entrecerró los ojos. Distinguió una nube de polvo suspendida lo lejos. Bajó de la cueva y atravesó la ladera con toda la prisa y el cuidado que podía permitirse para no caer dando tumbos y quedar con la cabeza abierta pudriéndose al sol.

Uno de los caballos de los ahora disueltos Seis Grandes yacía pastando y sacudiendo la cola como si el asunto no fuese con él. Baker lo espoleó con toda la furia que tenía reservada para el hijo de puta de Dillon.

Capítulo 8

Dillon no cesaba de mirar sobre el hombro, no tanto por la mujer que llevaba inconsciente y atada, sino por si descubría a Baker a los lejos. El abogado estaba muerto y él, Dillon, era el único de la banda que quedaba con vida, por lo que todo el dinero del trabajo sería sólo suyo. Además, llevaba a Kelly Douglas consigo y no dudaba que su cabeza tuviese precio, quizás no demasiado alto debido a que no se había oído hablar de ella y Baker en años, pero un buen pellizco suponía que se llevaría.

Volvió a echar un vistazo. La mujer seguía sin sentido. Nada nuevo en el horizonte.

Al volver en sí Kelly tuvo la impresión de que el terreno se abalanzaba sobre ella para al momento alejarse. Y así continuamente. Tardó cerca de un par de minutos en caer en la cuenta de lo que ocurría. Yacía boca abajo en el lomo de un caballo, manos y pies atados. Le dolía la parte posterior de la cabeza, donde la habían golpeado con el revólver. Viró la cabeza y reconoció la espalda de Dillon. Los cascos presurosos y pesados del animal se clavaban en la cabeza de Kelly como los balazos en la de su querido Anders. Apretó la mandíbula. El ojo herido escocía cada vez más. No permitió al sano llorar. Muy a su pesar se convenció de que no podía hacer nada. Aunque rodase para caer del caballo y tuviese suerte de no partir cráneo o espinazo, no tenía posibilidad de huir o defenderse por culpa de las ataduras. Así que se dejó llevar con intención de atacar en cuanto se le presentase ocasión, por pequeña y resbaladiza que fuese.

Baker elucubraba. Si Dillon tuviese intención de usar a Kelly como rehén, tal como había dicho el mexicano, no hubiese puesto pies en polvorosa. Así que o bien la quería para su propia diversión, o bien la entregaría a las autoridades. Ignoraba si la cabeza de Kelly y la suya propia todavía seguían en busca y captura.

La nube de polvo que delataba a Dillon seguía en la distancia; no tenía intención de amedrentarse y dejarse coger. A Baker se le antojaba inalcanzable. Las espuelas no se clavaban lo suficiente en la piel del animal. Sujetó las riendas con una mano mientras con la otra buscaba en la alforja. Se aferraron sus dedos en torno a la empuñadura de un cuchillo. Procedió a asestar leves cuchilladas en los cuartos traseros del animal. El caballo sacudió la cabeza y aumentó los galopes, desesperado. Vaharadas espesas emergían de su hocico y boca. Transcurridos unos minutos tuvo la impresión de que empezaba a ganar terreno sobre Dillon. Hundió una vez más el cuchillo en el caballo.

Dillon echó otro vistazo sobre el hombro. Una sombra envuelta en una nube de polvo flotaba en la distancia. Masculló una maldición. Kelly también la había visto; lo único que debía hacer era limitarse a esperar

que Sam se acercase lo suficiente, y entonces podría actuar. El terreno se inclinó ligeramente. El descenso no era muy empinado, pero si el animal resbalaba lo más mínimo caerían de bruces, y Kelly casi deseaba que tal cosa ocurriese; Dillon aguijoneó más al caballo como si eso no tuviese importancia.

Una nueva punzada con el puñal. El animal sacudió la cabeza, resoplando, pero no redujo velocidad. Al contrario, su galope era ahora mayor. Baker aferraba las riendas con manos sudorosas, incorporado a medias en la montura. Decidió ignorar que si seguía punzando al animal, el corazón de éste no soportaría tanto esfuerzo físico.

A Kelly comenzó a dolerle el vientre y la cabeza.

Dillon no podía asegurarlo con certeza, pero creyó oír los galopes de su rival demasiado cerca. Miró atrás por enésima vez. Justo en el punto en el que el terreno se inclinaba en cuesta surgieron caballo y jinete que le iban a la zaga.

Nada más verlos espoleó al animal; hundió la hoja del cuchillo. El terreno en desnivel no era gran cosa, pero a aquella velocidad y con un animal a punto del desplome, sí era para tener en cuenta. Dillon abrió fuego sin apenas apuntar. La bala ni se acercó a Baker, que seguía inclinado hacia delante, sin intención de devolver el disparo.

Había llegado el momento. Kelly cerró los ojos. El ojo defectuoso ardió como nunca hasta ese momento. Se dio impulso y rodó una sola vez, lo suficiente para caer del caballo y pegar de espaldas contra el suelo. El impacto la dejó sin aliento y la visión se le cubrió de puntitos centelleantes. Rodando, logró ver cómo el caballo de Sam saltaba sobre ella, los cascos a casi nada de abrirla la cabeza. Olió los esfuerzos del animal junto con el polvo del terreno.

Dillon no pudo más que admirar los redaños de la mujer.

Hasta aquí ha llegado, se dijo Baker cuando saltó sobre Kelly, pero el animal no se derrumbó. Ni siquiera frenó; siguió entre relinchos que helaban las entrañas. Dillon intentó un nuevo disparo. Éste pasó cerca. Baker se incorporó más, casi de pie.

Dillon comprendía lo que aquel loco pretendía hacer. No era fácil, pero intentó apuntar mejor. Su dedo buscó el gatillo. Cuando lo presionaba, Baker, ya a su altura, saltó del caballo y se abalanzó sobre él. El disparo sólo provocó un rasguño en la pierna de Baker, que poseído por el fulgor de la adrenalina ni se percató del detalle. Ambos hombres salieron volando aferrados el uno al otro. Al embestir contra el suelo la peor parte se la llevó Dillon, que había quedado debajo. Baker se disponía a machacarle la cara a puñetazos cuando descubrió que Dillon estaba más muerto que los guijarros que habían lacerado su espalda. La postura imposible de la cabeza así lo atestiguaba.

Se puso en pie. Intentó mantenerse erguido, pero trastabilló y cayó de culo. La cabeza le daba vueltas. Le palpitaban las sienes al compás de los

violentos latidos del corazón.

Sin permitirse el lujo de recuperarse un poco tuvo que ir hasta Kelly, harto de los quejidos de ésta. A pesar de la falta de aliento no dejaba de pedir que le cortase las cuerdas. Liberó a su compañera con el mismo cuchillo ensangrentado que había usado con el caballo; permaneció tendida, recuperando el aliento. Baker frunció el ceño ante el mal aspecto que presentaba el anteriormente azul y bello ojo.

-¿Lo mataste? -dijo Kelly entre jadeos.

Baker asintió.

-Lástima. Quería hacerlo yo.

-Te cedo los otros.

Kelly se incorporó hasta quedar sentada.

-¿Qué otros?

-Los que contrataron a estos mierdas para matar a tu prometido.

Capítulo 9

Un hombre fornido, de espesos bigotes blancos, leña ante la cabaña que había levantado y adecentado un mes atrás. Dejó el hacha, llevó las manos a los riñones y estiró la espalda hasta hacerla crujir. Nada lo hacía sentir mejor que el duro bien realizado. Su esposa salió del corral tras dar de a los cerdos y a las gallinas. Dijo a su marido que iba a preparar la cena. El hombre limpió el sudor de la frente con un pañuelo igual de sucio que el corral y allí, apoyado en la valla, sacó la pipa del bolsillo de la camisa. Rascó una cerilla y prendió la pipa. Expulsando volutas que flotaban unos instantes sobre su cabeza escuchó pasos detrás de él. Se volvió.

–Padre, madre pregunta si prepara una tarta mañana.

–Sí, cariño.

La niña volvió a la cabaña. Ya no es tan niña, pensó el hombre. En los últimos meses había crecido bastante y su cuerpo comenzaba a insinuar la bella mujer que pronto sería.

Se acuclilló a recoger un puñado de maíz. Se lo arrojó a las gallinas. Escuchó cascos de caballo.

Dos jinetes permanecían estáticos sobre los caballos. Incluso los animales parecían mortalmente tranquilos. El hombre despegó despacio la pipa de los labios repentinamente resecos.

–Buenas tardes –dijo.

El jinete que se hallaba más próximo a él era una mujer. Llevaba un largo abrigo remendado. El cabello le ocultaba el lado izquierdo del rostro. Alejado de ellos, como si la cosa no fuese con él, un hombre liaba un cigarrillo.

–¿Howard Green? –dijo la mujer.

–El mismo, señorita. ¿En qué serv...?

Recibió los tres disparos en el pecho. Trastabilló de espaldas, cayó sobre la valla, la partió, se desplomó en el fango del corral. La esposa de Howard Green lanzó un grito la puerta de la cabaña. Kelly bajó del caballo. La señora Green se dio la vuelta para refugiarse en la cabaña. Al contrario que su marido recibió los balazos en la espalda. Kelly pasó sobre su cuerpo al interior del . Un fuego crepitaba en la pequeña chimenea. A la mesa de la cocina, la hija de los Green parpadeaba retorciendo las manos en el regazo. Kelly recargó el revólver.

–Tú eres Amy.

La chica asintió, pasando la mirada de su madre muerta a la mujer que tenía de pie ante ella.

– voy a hacerte una pregunta, Amy. ¿El hijo de Andrew Harris en verdad te forzó?

Amy Green abrió la boca. Iba a decir algo, pero cambió de opinión. Si mentía no tendría posibilidad alguna ante aquella mujer.

–No. y...

-Y pensasteis en chantajear a los Harris. Por eso contratasteis a una banda de asesinos para que sacasen de en medio al abogado. podría la verdad.

Amy asintió.

-¿Dónde conseguisteis tanto dinero?

-El resto de colonos que nos acompañaron en el viaje hicieron una colecta a nuestro .

Kelly asintió despacio. Sacó el cuchillo Bowie y degolló a la chica.

Baker la vio salir pasando una vez más sobre el cuerpo de la entrada. subió al caballo y se acercó a él, le pasó un cigarrillo.

-¿Hemos terminado aquí?

-Sí.

-Los cerdos tendrán comida un par de días. El era fuerte.

Kelly se volvió. Los animales olisqueaban la cara de su antiguo dueño.

- cual recibe lo que se merece -dijo Kelly.

-¿Y nosotros?

-Ya nos llegará el día.

Se apartó el pelo de la cara. Ni ella ni Baker se habían acostumbrado al parche.

-¿Por qué no tirás de una vez el parche de Dillon?

-Me trae recuerdos de George.

Baker se encogió de hombros. Dejaron atrás la cabaña al tiempo que el se perdía tras las montañas.